

1

La joven que salía del edificio de departamentos dudó antes de cerrar la puerta. Un hombre mayor se acercaba a paso lento con la mano en alto y un bolso colgado del hombro. Ella miró el letrero adherido al vidrio que advertía sobre el riesgo de permitir el acceso a personas desconocidas. Podría haber cerrado la puerta antes de que él llegara, pero no sintió desconfianza. Después de todo, el hombre tenía más de sesenta años, llevaba una elegante gorra oscura de la que usan los golfistas y mostraba una sonrisa amistosa. Como a ella le pareció un abuelo encantador, sostuvo la puerta para permitirle el acceso al edificio. Al pasar a su lado, el hombre se tocó la visera a modo de saludo. La puerta se cerró sola y la muchacha se alejó por la vereda. La sonrisa del hombre frente a los ascensores desapareció al instante.

Ranko Radunović sujetó su bolso con firmeza y comenzó a subir la escalera de a dos escalones. El hombre era conocido como Vuk, que, en serbio, su idioma natal, significa “lobo”. En el tercer piso se detuvo frente al departamento señalado con una B. Puso en marcha su cronómetro y con unas ganzúas procedió a abrir la puerta. Una vez dentro, frunció los labios al comprobar que había demorado cinco segundos más que la última vez.

Se deslizó con prudencia y a oscuras por el pequeño departamento. Comprobó que no había nadie. La información que le habían dado aseguraba que el intendente Alex Salinas no llegaría a ese lugar hasta dentro de una hora, pero Vuk no confiaba en nadie. En su línea de trabajo se relacionaba con clientes y con víctimas, y había aprendido por las malas que no puede fiarse de nadie.

Su primera tarea fue revisar el lugar en busca de armas, porque a Vuk no le gustaban las sorpresas. Lo siguiente fue encontrar un buen escondite dentro del departamento de Alex Salinas, al fin y al cabo, él sería la sorpresa.

Alex Salinas entró a toda prisa al departamento B y cerró de un golpe. Por la mirilla observó que el corredor del tercer piso estaba vacío. Apoyó la espalda contra la puerta y esperó a recuperar el aliento. Podía sentir sus propias palpitaciones con la mano que tenía sobre el pecho. Vio una imagen en los vidrios de la ventana y se le formó un nudo en el estómago durante el segundo que tardó en comprobar que era su propio reflejo.

El presentimiento aterrador que lo había acompañado todo el día se profundizó al caer la noche. Para Salinas, lo que había hecho no era grave, ya que no había actuado de un modo diferente al de sus colegas de la Provincia de Buenos Aires. El problema había aparecido cuando infringió la primera regla del código moral de su partido político: no ser descubierto.

Un momento más tarde, pese a encontrarse dentro del departamento que le habían prestado, Salinas notó que algo andaba mal. Era algo que había en el aire. Por un segundo pensó que era

el olor de la basura de la cocina. Sin embargo, no era ese tipo de aroma. Al pensar en eso, allí, de pie en la oscuridad de la entrada, un frío le recorrió el cuerpo. Las llaves se le cayeron de la mano. Estaba casi seguro de que era olor a transpiración, y no era la suya.

Recorrió la superficie de la pared con los dedos en busca de la tecla de la luz. La pulsó y el foco que colgaba de los cables del techo solo iluminó el living. La descarga de adrenalina había agudizado sus sentidos. Oía el sonido de una transmisión de fútbol que venía de algún lugar del edificio. Vio con más claridad su propia imagen reflejada en los vidrios del ventanal contra el cielo negro de Buenos Aires. Su mente funcionaba a toda velocidad. Llamar a la policía era impensable. No podía armar otro escándalo. Lo primero que pensó fue que necesitaba algo para defenderse. Dejó en el suelo la carpeta que traía y con las dos manos sujetó el revistero de madera ubicado junto al sillón. Estaba seguro de haber cerrado todas las ventanas antes de salir por la mañana. No le pareció posible que alguien hubiera entrado por la puerta, a menos que su amigo también le hubiera prestado las llaves a alguien más.

—¡Hola! —gritó sintiendo un nudo en la garganta—. ¿Hay alguien ahí?

Todo seguía en silencio. Inspiró hondo y avanzó un paso hacia el living. Allí el olor a sudor era un poco más intenso. Se sintió ridículo al verse reflejado en el ventanal sosteniendo el revistero. Aunque supuso que no serviría de mucho, necesitaba sujetar esa arma improvisada y grotesca, que tenía el tamaño de una percha.

Trató de calmarse imaginando que tal vez el amigo que le prestó el departamento había estado por allí, dejando su terrible fragancia en el aire. Salinas estaba viviendo allí desde hacía dos días, pero nunca antes había sentido ese olor. Moviéndose con cautela atravesó el living hasta el ventanal. Comprobó que las dos hojas de la puerta de vidrio seguían trabadas. Desde donde estaba podía ver el tráfico porteño nocturno de la calle Acevedo.

Se aflojó la corbata y, aun así, le costó tragar saliva. Con un rápido vistazo comprobó que no había nadie en la pequeña cocina. Cruzó el living y, con la respiración agitada, se adentró por el pasillo. Sin soltar el revistero se asomó al dormitorio. Todo estaba en orden, tal como lo había dejado al salir por la mañana. Al pasar al baño, el olor era más intenso. El calzoncillo que se había cambiado seguía en el suelo junto al rebosante canasto de ropa sucia. La manga de una de sus camisas blancas colgaba del borde apuntando al piso. Se acercó la prenda a la nariz. Aún conservaba el perfume de su desodorante, no había rastros de olor a sudor. “Tenés que calmarte, boludo”, se dijo Alex Salinas a sí mismo.

Regresó para recuperar la carpeta y colocó el revistero en su lugar. Ya casi no sentía el olor a transpiración.

Entró al dormitorio y encendió el pequeño velador que era la única iluminación del ambiente. Los dos cables pelados que colgaban del orificio del cielorraso parecían una publicidad destinada a prevenir los cortocircuitos. Tomó nota mental de que, si seguía viviendo en ese lugar, tendría que comprar un juego de sábanas y fundas, no podía seguir durmiendo directamente sobre el colchón. Colgó el traje en el placard junto a la última camisa limpia que le quedaba. Notó entonces que tenía un temblor en los dedos. Extendió los brazos y comprobó

que las manos se sacudían como si padeciera Parkinson. “Tenés que tranquilizarte un poco”, volvió a decirse con un murmullo.

Se sentó sobre el colchón y cerró los ojos buscando algo de serenidad. Después de todo, los chismes eran lo que menos le preocupaba a Salinas. Lo que le había estropeado los nervios eran los continuos reproches de casi todos sus compañeros y que sus jefes ni siquiera quisieran hablar con él. De todo el asunto, lo que terminó por hundirlo emocionalmente había sido la expresión de su esposa cuando le dijo que se fuera de la casa. Los ojos húmedos y enrojecidos de Ana serían difíciles de olvidar. El día anterior, cuando salió a la calle, ella ni lo miró, como si verlo de frente aumentara su angustia. En el momento en que Ana cerró la puerta del que había sido su hogar, ella tenía la vista clavada en el suelo. Ese recuerdo era el que más le dolía.

Se puso unos vaqueros desteñidos y una copia barata de la camiseta de la Selección Argentina de fútbol. El reloj anunciaba que faltaban pocos minutos para las diez de la noche. La media pizza seca que había en la heladera le alegró un poco la noche. Se sentó a la mesa del living con la comida recalentada en el microondas y encendió la televisión. Se conformó con mirar la repetición de un partido del fútbol inglés. No conocía a ninguno de los equipos ni sabía cómo se pronunciarían sus nombres

El plato se le cayó de la mano cuando sonó el teléfono celular anunciando una llamada entrante y casi se atraganta con la comida que tenía en la boca. Tras unos interminables segundos encontró el botón de silencio en el control remoto.

—Salinas —dijo una voz ahogada—, poné el canal de las noticias.

—¿Quién habla? —preguntó mientras buscaba el programa con el selector de canales.

—Soy Vázquez, boludo —dijo como si se tratara de algo obvio—. Fijate en la tele, dale.

En la pantalla del televisor apareció una fotografía en la que se vio a sí mismo, junto a Susana Delgado. Por la calidad de la imagen supuso que había sido tomada desde lejos. De todos modos, se veía con nitidez que se besaban en traje de baño a bordo de un velero.

Salinas subió el volumen y el periodista del programa en ese momento dijo:

—Salinas y Delgado se habrían conocido en un evento político, y lo que comenzó como una conexión superficial, rápidamente se convirtió en una relación romántica encubierta.

—Así es —acotó la otra conductora del programa—, Susana Delgado es la propietaria de un grupo de empresas que, entre otras actividades, se encontraría involucrada en prácticas comerciales ilegales, desde evasión de impuestos hasta manipulación del mercado.

En la pantalla aparecieron los dos periodistas tras un enorme escritorio. En el fondo de la escenografía estaba la foto de Salinas y Delgado besándose en el velero.

—Lo más grave —dijo el conductor con el ceño apretado—, es que el intendente Alex Salinas usó sus influencias para proteger a su amante y facilitar sus actividades ilegales a cambio de favores.

La periodista sonrió burlona a la cámara y agregó:

—Si bien no hay detalles de cuáles serían estos favores, no hay dudas sobre la existencia de la relación entre el intendente y esta importante empresaria. Desde la oficina del fiscal se ha filtrado información relativa a los negocios ilícitos en los que ambos están involucrados.

A continuación, el programa comenzó a tratar otras noticias.

Salinas apagó la televisión y vio su imagen reflejada en la pantalla negra. Estaba con la boca abierta y los brazos a los lados del cuerpo, en una mano tenía el control remoto y en la otra estaba el celular desde donde oyó:

—Che, Salinas, ¿estás ahí? Hola.

—¿Por qué carajo siguen jodiendo en las noticias con esa mierda?

—¿Por qué? —Vázquez soltó una risa falsa—. Primero porque es un lindo escándalo con sexo y corrupción política, eso a la gente le encanta. Y segundo, porque en este momento no hay otra mierda pública que ocupe el interés de estos hijos de puta de la prensa.

En el plato que estaba en el suelo todavía quedaba una porción de pizza, pero en ese momento Salinas estaba con el estómago revuelto. Lo que necesitaba era un buen vaso de whisky. Dejó el teléfono sobre la mesa y fue a la cocina. Debajo de la piletta encontró una botella abierta de whisky Ballantine's. Se sirvió una medida en un vaso sucio y la bebió de un trago. Con los dientes apretados, llenó otra vez el vaso hasta la mitad y regresó al sillón. En ese momento escuchó que Vázquez le preguntaba:

—Che, boludo, ¿dónde estás?

—Acá estoy —dijo y bebió un sorbo de whisky que le irritó la garganta.

—No, gil. ¿Dónde estás parando?

—En el derpa que me prestó un amigo.

—Ufa, che. ¡Qué difícil! Dame la dirección. Puedo ayudarte.

—Ni en pedo.

—¿Cómo? ¿Qué te pasa, boludo? ¿No me vas a decir a mí dónde estás?

—No me jodas, Vázquez. Ahora todo está muy jodido. Me dijeron que Vaccaro está que vuela de la bronca.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué te felicite y te invite a cenar con la mina esa que te estás culeando?

Los recuerdos aparecían como flashes en la mente de Salinas. Las preguntas de Vázquez habían quedado suspendidas en un hondo silencio mientras el whisky se agotaba en el vaso.

—Escuchame —dijo Salinas que se levantó para servirse otra medida de whisky—, yo ya me enteré de que Vaccaro está por tomar medidas jodidas en mi contra. Seguro que me expulsa del partido. Mi mujer ya me rajó de casa, ahora este Vaccaro me va a desacreditar, y todo por unos cuantos palos verdes. Una verdadera boludez.

—Salinas, si le pusiste los cuernos a tu mujer, jodete, pero a Vaccaro no le importa la guita. Ni siquiera le importan las actividades ilegales o con quién estás garchando. Lo que Vaccaro no te va a perdonar es que se hayan enterado todos.

—Sí, ya sé.

—El tipo es el jefe de gabinete y ahora solo piensa en su campaña. Él quiere ser presidente de Argentina y como él siempre te apoyó públicamente... —Tras una pausa para tomar aire y bajar el tono, Vázquez preguntó—: ¿No me vas a decir dónde estás?

—No, y menos por teléfono. Chau.

—Che, Alex...

—¡Váyanse todos a cagar! —gritó Salinas luego de cortar la comunicación.

Notó que las palabras habían salido mal articuladas, como si la lengua dentro de su boca pesara un kilo. Pocos minutos después se le cerraban los ojos hasta que un ruido llamó su atención. Intentó ponerse de pie, pero antes de levantarse volvió a caer sentado en el sillón. Solo consiguió asomarse para mirar el pasillo. Salinas hubiera jurado que allí algo se había movido.

2

El pasillo estaba oscuro, Salinas no vio nada. En alguno de los pisos cercanos se oyó el golpe de la puerta del ascensor y unos ladridos. Unas personas discutían y sus voces reverberaron en la cabeza de Salinas. El vaso de whisky estaba vacío. El odio que había sentido había cedido, incluso el temor parecía algo lejano. Los músculos de su cuerpo estaban más relajados. Extendió los brazos y comprobó que ya no le temblaban las manos.

Los sonidos externos cesaron. Solo se oían los golpes rítmicos de las gotas que caían de la canilla de la cocina.

Suspiró cansado y de pronto el aroma a sudor que apareció lo desconcertó. Olió su vaso, pero el perfume intenso del whisky inundó su olfato. Para ponerse de pie fue necesario que se sujetara del respaldo del sillón. Dejó el vaso sobre la mesa, esta vez traería la botella de Ballantine's.

Entonces lo vio. Reflejado en el ventanal. Una silueta. Con una gorra de golfista. Justo detrás de él. Se preguntó si realmente había alguien allí.

El aire alrededor de Salinas parecía haberse congelado, el pánico le impedía moverse. La visera del intruso le ensombrecía la cara. Aunque no veía sus facciones con nitidez, notó que era una persona mayor que lo miraba sin ninguna expresión, como si no estuviera prestando atención.

Salinas trató de girar, pero no pudo moverse. El hombre lo sujetaba con fuerza por detrás. Con un brazo vigoroso, el viejo de la gorra lo inmovilizó contra su pecho. Salinas quiso liberar alguna de las manos, pero no pudo, se sentía como la presa de una boa constrictor.

Una gota de sudor le recorrió la ceja y cruzó su mejilla.

El olor a sudor era muy intenso, como el de ropa húmeda olvidada en un bolso después de una maratón. Áspero. Pegajoso.

En la desesperación, hizo un esfuerzo enorme para liberarse del abrazo, pero sufrió un doloroso calambre en el costado. Una tela húmeda le cubrió la boca y la nariz. El aroma dulzón y agradable del líquido le despejó las vías respiratorias. Lo sintió como un perfume mortuario, atrayente. Letal. Entonces comprendió que solo tenía unos pocos minutos para liberarse antes de desmayarse. Trató de gritar contra el trapo y apenas logró emitir un quejido.

Levantó las piernas para impulsarse hacia atrás con los pies. Empleó todas sus fuerzas, pero no alcanzó el borde de la mesa. El hombre podía sostenerlo suspendido en el aire casi sin esfuerzo. Sentía como si estuviera luchando contra una estatua de bronce.

La cara del atacante se reflejó en el vidrio. No había ninguna expresión. Era un hombre de más de sesenta años con la fuerza de un caballo.

Intentó golpear a su atacante con la nuca. Lanzó la cabeza hacia atrás, pero no consiguió nada. La presión que ejercía su captor sobre la cara no le dejaba margen de maniobra. Intentó no inhalar el cloroformo, sin embargo, necesitaba respirar con desesperación. Los pulmones

querían inhalar el aire y luchaban contra la voluntad de Salinas. Estiró una pierna y golpeó la mesa con un pie haciendo que el vaso de whisky saliera volando hacia la pared.

Debido al esfuerzo no pudo evitar inspirar los vapores. De pronto, sintió el cuerpo muy flojo, débil. Sus músculos empezaron a rendirse, como soldados desertores soltando sus armas.

Salinas se estaba hundiendo en un sueño ineludible. Dejó de sentir su propio peso, como en una caída libre hacia un precipicio oscuro.

«¿Así terminaba todo?», pensó, «¿con una pizza fría en la mesa y a manos de un viejo con cara de nada?».

Los ruidos, cada vez más lejanos e irreales, fueron las últimas sensaciones de Salinas antes de caer en la inconsciencia. Soñó que era un niño y estaba atrapado en un armario. Parecía un recuerdo con el mismo olor a sudor, el mismo terror.

Vuk sostuvo al intendente por el cinturón como si fuera una maleta y lo acomodó en el sillón. Buscó una imagen en su celular y torció la cabeza para observar de cerca a Salinas. El intendente había quedado con la boca abierta, como si estuviera a punto de decir algo. Vuk comprobó que el hombre anestesiado era el de la foto.

Se quitó la gorra para rascarse la calva y miró la porción de pizza que estaba sobre la mesa. Se acercó para olfatearla. Volvió a colocarse la gorra, dobló la porción de pizza por la mitad y comenzó a comerla. Con el control remoto encendió la televisión y fue cambiando los canales. Cuando volvió a aparecer el primer programa, apagó el televisor. Al terminar de masticar, hizo una mueca al ver que se había manchado los guantes con grasa.

Se dirigió al baño y descorrió la cortina de la ducha. Allí estaba el bolso que había dejado dentro de la bañera, lo tomó y regresó al living. Levantó la mesa de madera como si fuera de cartón y la ubicó al costado, junto al televisor.

Tomó del piso uno de los trozos del vaso roto y lo olió. Recorrió el ambiente con la vista sin encontrar lo que buscaba. Entró a la cocina y junto a la piletta vio la botella de Ballantine's. Desenroscó la tapa y olió la bebida, el aroma suave y elegante le agradó de inmediato.

Como a la mayoría de los hombres de cierta edad, le gustaba el whisky. De todos modos, él era serbio y, por lo tanto, prefería la *rakia*, un destilado similar al brandy. La bebida de su patria nunca tenía una graduación menor de cincuenta. Como estaba trabajando, dejó en su lugar la botella de Ballantine's.

Sujetó a Salinas por el cinturón una vez más. Lo levantó y lo bajó varias veces para estimar su peso y luego lo dejó tendido en el sillón. Del interior de su bolso extrajo una pequeña caja de herramientas, un rollo de soga gruesa y una cinta métrica.

En menos de media hora Vuk había concluido su trabajo. Evaluó el resultado contemplándolo desde distintos ángulos. Examinó la disposición de los muebles y los fragmentos del vaso. Durante un rato estuvo haciendo algunos ajustes finales en la distribución de los objetos.

Cuando quedó satisfecho, extrajo el teléfono que tenía dentro del bolso y comenzó a pulsar la pantalla hasta que apareció la aplicación de Tecnologías Digitales Guardián. La empresa para la que trabajaba era una firma de seguridad informática que detrás de su fachada tecnológica operaba una red que vendía silencios, borraba pruebas y fabricaba coartadas para los poderosos. Vuk se quitó el guante con los dientes. Apoyó la yema del índice sobre el sensor biométrico y se desplegó la sesión del usuario. Tocó algunos botones hasta que por fin escribió "OK"

Tras unos segundos apareció una nueva línea en la pantalla.

TDG > Por favor, Vuk, indique si ha cumplido la tarea asignada.

El hombre sacudió la cabeza murmurando algunos insultos en serbio y escribió:

VUK > "Mission accomplished".

CRM > Perfecto. Good job.

—*Good job, good job* —susurró de modo burlón mientras guardaba todas sus cosas en el bolso—. *Idiote.*

Antes de apagar las luces, contempló una vez más el resultado de su labor. Estaba satisfecho. Aún conservaba su "toque" profesional. Si hubiera sido una persona normal, habría sonreído ante su buen rendimiento. Hacía años que el serbio había dejado de ser una persona normal.

Vuk abandonó el departamento casi sin hacer ruido.

3

El semáforo se puso en rojo y, mientras esperaba, Marina Prats volvió a mirar de reojo la lista en el papel que tenía sobre el asiento del acompañante. Los nombres de los primeros cuatro bares estaban tachados. El guardaespaldas que estaba buscando podía estar en alguno de los tres restantes. Hasta que no se aclare quién había asesinado al sindicalista Gamarra, seguiría suspendida de la Policía Federal. Un crimen que su jefe, el comisario Herrera, le había endilgado injustamente. Para probar su inocencia y regresar al trabajo activo, Prats debería descubrir al asesino.

En cualquier caso, el llamado que había recibido algunos minutos antes era más importante. La información que tendría que sacarle al musculoso debería esperar. Los bocinazos de los autos que estaban detrás le hicieron notar que el tráfico se había reanudado.

Como de costumbre, el tránsito de la Ciudad de Buenos Aires parecía conspirar contra las prisas. Prats estaba cerca de su destino y manejaba despacio, mirando hacia todos lados mientras puteaba en voz baja. El tiempo que había ahorrado yendo hasta Retiro en el Fiat 1500 lo estaba desperdiciando buscando un lugar para estacionar en la calle. Miró su reloj. Hacía casi una hora que había recibido el mensaje de Marisa. No recordaba a la mujer, pero en el mensaje le decía que había escuchado golpes y gritos en la casa de al lado y que le preocupaba la joven que vivía allí con su bebé.

Unos minutos más tarde, Prats consiguió dejar el auto en el estacionamiento de la terminal de ómnibus de Retiro.

Se subió el cierre de la campera y se internó por las estrechas calles de la Villa 31. Prats conocía bien la zona y no tardó en orientarse para ir directo a la casa de Marisa. Una vez más se asombró ante las precarias condiciones de seguridad de algunas edificaciones que contaban con hasta tres plantas de altura. A pesar de los sonidos de cumbia a todo volumen, escuchó los comentarios de algunos varones sobre su figura e incluso oyó algunos silbidos y, como siempre, los pasó por alto. Prats supuso que era difícil vivir en ese barrio donde estaban hacinadas cincuenta mil personas.

Al llegar a una esquina se desorientó. No recordaba si en ese punto debía girar a la derecha o a la izquierda. Todo le resultaba bastante parecido.

—¿Vos sos Prats? —le preguntó una niña de unos ocho o diez años.

Ella asintió y la pequeña le tendió la mano y la guió hacia la izquierda. A los pocos metros se le acercó corriendo una muchacha con sus rulos al viento. A veces le costaba recordar a todos los contactos que tenía, pero en este caso, al verla de cerca la reconoció de inmediato. Era Marisa.

—Prats, ¿por qué tardaste tanto?

La muchacha y la niña la condujeron a toda prisa hasta una casa de ladrillos. Marisa tenía la frente arrugada cuando señaló la puerta de chapa pintada de blanco. En ese momento, desde el

interior, se oía el llanto de un bebé. Prats dio dos golpes y esperó. No hubo respuesta. Cuando insistió, un hombre gritó desde el interior:

—¡Váyanse, carajo!

La voz había sonado ronca y llena de ansiedad. Prats procuró no parecer demasiado autoritaria cuando dijo:

—Por favor, abra la puerta, señor. Quiero comprobar que adentro todos están bien.

Por detrás se le acercaban dos muchachos. Giró para quedar frente a ellos. Uno, después de observarla en detalle, le dijo:

—Vos no tenés que meterte, ¿sabés? Rajá de acá.

El otro no decía nada, pero giraba un encendedor entre los dedos. Era el tipo de silencio que anunciaba violencia. Luego, el que había hablado agregó en tono despectivo:

—¿Por qué no te las tomás, putita?

Marisa tomó a la niña de la mano y juntas retrocedieron unos pasos. El que había hablado le sonreía mientras mascaba un chicle. Prats contó hasta diez antes de preguntar:

—¿Cómo me llamaste?

El del chicle miró a su compañero y los dos se acercaron unos pasos. Marisa y la nena comenzaron a retroceder más. Prats sintió unos ojos clavados en la nuca. Giró, pero no había nadie. Solo una cortina que se agitaba en una ventana abierta.

—Me parece que también sos medio boludita —dijo el hombre que se tocaba la frente con el índice—, no entendés nada, putita. Te lo repito para ver si ahora te entra en esa cabeza llena de mierda que tenés.

Prats estaba segura de que identificarse como policía en ese lugar no era aconsejable. Aun así, podría sacar su arma en dos segundos.

El carraspeo de alguien aclarándose la garganta llamó la atención de los presentes. Sin que nadie lo hubiera notado, una anciana se había acercado. Llevaba un viejo vestido floreado con un pequeño delantal descolorido encima. Estaba apoyada en una sola muleta y observaba al que se había dirigido a Prats. Tenía los párpados entrecerrados y el ceño fruncido. Al verla, el hombre del chicle retrocedió un paso. Ya no parecía tan amenazador. La nuez subió y bajó en su cuello cuando tragó saliva.

La anciana de la muleta hizo un breve gesto con la cabeza y el hombre se retiró en silencio y con los labios apretados. Los que estaban con él lo imitaron y desaparecieron de la vista al doblar en la esquina. La mujer mayor no les quitó la vista hasta que se fueron. A continuación, se apoyó en la muleta y con movimientos muy lentos giró y, luego de algunos pasos, se detuvo. Parecía que estaba a punto de decir o hacer algo. Sobre el brazo con el que sostenía la muleta, tenía un tatuaje ajado. Era una cara, pero a esa distancia no logró distinguir si se trataba de un niño o una niña. Prats no pudo evitar pensar en su madre, que había muerto sin haberse

animado nunca a enfrentar al hombre que la golpeaba. La anciana miraba el piso sin moverse de su lugar.

En ese momento uno de los muchachos regresó. Era el que tenía puesta una camiseta de River. Se acercaba muy lentamente hacia Prats. Por el modo en que la miraba parecía estar tratando de decidir si la enfrentaría. Alguien que no estaba a la vista gritó un nombre y de inmediato el joven bajó la cabeza, regresó sobre sus pasos y entró en una de las casas de ladrillos sin revoque. Recién entonces la anciana miró por primera vez a la inspectora y le hizo un gesto. Prats no supo si era una sonrisa, un saludo o algo así como un visto bueno. La mujer del vestido floreado se enderezó, retomó su andar desparejo, y se alejó a paso lento.

Prats volvió a golpear la puerta de metal, pero esta vez con más fuerza.

—¡Putra madre! ¡Ya les dije que se vayan! —gritó el hombre desde el interior—. Lo que pasa en mi casa es cosa mía.

Prats comenzó a llamar rítmicamente con los nudillos hasta que la puerta se abrió unos centímetros. Un hombre en camiseta y con la cabeza afeitada se asomó. Medía apenas algo más de un metro sesenta y solo estaba a la vista uno de los brazos, musculoso y cubierto de tatuajes de mala calidad. Ella se quedó mirándolo mientras evaluaba las dos opciones que se le habían ocurrido. La primera era repetirle que quería comprobar el estado de la mujer y del niño que estaban dentro de la vivienda. Recordó que unos días antes había usado esa vía pacífica y de todos modos la acusaron de uso excesivo de fuerza y detención injustificada.

—¿Qué mierda querés? —preguntó él con tono desafiante.

Prats empujó con fuerza haciendo que la puerta se abriera con un crujido. El hombre cayó de espaldas. La segunda opción, pensó Prats, como siempre, era más efectiva.

Siguiendo el sonido del llanto de una criatura, buscó en el interior de la vivienda a la mujer de la que Marisa le había hablado. El lugar estaba poco iluminado y olía a encierro. Tras una tela colocada en una abertura a modo de puerta, encontró a la madre con su bebé en brazos. Estaba recostada sobre un colchón apoyado sobre el suelo. Prats se arrodilló a su lado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mientras le examinaba el ojo casi cerrado y el moretón que rodeaba la inflamación de la mandíbula inferior. Parecía que dentro de la boca tenía una pelota de golf.

—Erica —respondió abrazando con más fuerza a la bebé.

—Muy bien, Erica. Me llamo Marina Prats y estoy aquí para ayudarte. ¿Podés levantarte sola o estás muy lastimada?

La mujer de pronto abrió exageradamente el ojo sano. Prats vio la sombra moverse antes que el sonido. Se oyó un zumbido cuando el listón de madera cortó el aire. En un reflejo casi animal, Prats giró, levantó el brazo y detuvo el impacto. El hombre cubierto de tatuajes se esforzaba por recuperar la madera que Prats sujetaba en el aire con fuerza. Con la mano libre le dio al hombre un puñetazo que lo hizo caer de espaldas al suelo, dejándolo sin sentido.

—Te voy a sacar de acá, Erica —la mujer negaba con la cabeza. Había empezado a llorar—. Este no es un lugar seguro para vos ni para tu bebé.

Como ella continuaba diciendo que no, Prats salió de la vivienda para llamar a Marisa. Entre las dos trataron de convencerla para que les permitiera llevarla a una organización en la que trabajaba Prats. Le explicaron que allí habría médicos y personas que brindan apoyo a las mujeres víctimas de violencia.

—Erica —insistió Prats—, no tenés que pagar nada, es una casa donde todos son amigos y podés pasar unos días en un ambiente seguro hasta que te recuperes. Después vemos. ¿Qué me decís, vamos?

La mujer gemía con un llanto entrecortado y negaba con la cabeza. Con su único ojo abierto miraba al hombre tatuado que estaba tendido en el suelo. Al otro lado de la habitación, Marisa se apoyaba contra una pared con los brazos cruzados.

Prats lo observó todo en un instante: Erica se estaba alejando, construyendo a su alrededor un muro impenetrable de dolor. Si quería sacarla de allí, tendría que vulnerar su propia coraza. Desde que lograra internar a Eduardo, su hermano, había escondido ese capítulo de su vida. Ahora, para demostrarle a Erica que no estaba sola, no bastarían las palabras vacías. Tendría que hablar de su pasado, mostrar sus propias heridas. Suspiró, se sentó en el suelo, junto al colchón y le dijo a Erica:

—Te voy a contar algo que me pasó —su voz era triste y para seguir debió tragar saliva—, pero no quiero que se lo digas a nadie, ¿de acuerdo?

La mujer la miró y dijo que sí, al igual que Marisa, que se acercó para sentarse junto a Prats.

—Mi padre era un tipo muy violento. Nos pegaba a mamá, a mí y a mi hermano. A veces hasta usaba un palo como ese —señaló el listón de madera que estaba junto al hombre inconsciente—. Yo era una nena y dos veces, cuando trataba de defenderme, él me fracturó el brazo. Fueron años muy difíciles, y todavía sufrimos las consecuencias, en especial mi hermano Eduardo. Por desgracia, él se volvió adicto y, aunque ya no se droga, sufre las secuelas del abuso de sustancias. Esto te lo cuento, Erica, para que te des cuenta de que te entiendo. De verdad. Estoy aquí para ayudarte.

Las dos mujeres miraban a Prats con atención. Erica bajó la vista hacia la bebé. En ese momento la niña dormía y tenía una gota de saliva que le brillaba en la comisura de los labios. Entonces se secó una lágrima y, por primera vez, se movió.

Marisa suspiró. Le apoyó a Prats una mano en el hombro y con un susurro preguntó:

—¿Cuándo dejó de pegarte tu papá?

La inspectora bajó la vista y apretó los dientes. No sabía qué era lo que más le disgustaba, hablar de sí misma o verse obligada a recordar esa época triste. En todo caso, la chica podría sacar algún provecho de su historia.

—Mi papá dejó de pegarnos cuando le hice frente. Un día reaccioné y lo dejé en el suelo. Pero eso no...

—¿Cómo? ¿Qué edad tenías? —la interrumpió Erica, que se había enderezado sobre el colchón.

—Yo tendría quince o dieciséis años —las dos la miraban con asombro—. Pero en esa época uno de los médicos, el último que me enyesó el brazo, se dio cuenta de lo que pasaba en casa y me ayudó. Me puso en contacto con un amigo suyo de la embajada de Rusia. Había sido militar y me entrenó a escondidas.

Prats se sintió incómoda. Sabía que tenía que conectar con la mujer a través de sus propias experiencias, pero odiaba hablar de sí misma. Luego de pensarlo un poco, señalando a la bebé, le preguntó a Erica:

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Se llama Yamila —dijo sonriendo—. Tiene cuatro meses.

—¿Vas a esperar a que Yamila esté lastimada para hacer algo?

Erica miró a la bebita y permaneció así un momento. Marisa le sonrió a Prats.

Algunos minutos más tarde, tres mujeres se alejaban del barrio de Retiro a bordo del Fiat 1500. Una de ellas dormía plácidamente, tenía apenas cuatro meses de edad. Más tarde llegaron a la Fundación Vera Peñaloza, en el barrio de Barracas. Bárbara, la coordinadora, abrazó a Prats en cuanto se bajó del auto.

—Hiciste bien en traerlas aquí —le susurró al oído.

Dos voluntarias ayudaron a Erica con su beba y mientras entraban al edificio le explicaron que una de las médicas la estaba esperando en su consultorio. La muchacha le tendió la mano y Prats se acercó para estrechársela. Para su sorpresa, Erica también le dio un sonoro beso en la mejilla. Bárbara no pudo contener la risa, conocía a Prats desde hacía años y sabía que no le gustaban las demostraciones de afecto.

Prats se esforzó por sonreír, pero no le salió muy bien. Esperó a que todas entraran al edificio de la fundación y arrancó el Fiat 1500. Mientras manejaba, trataba de idear el mejor camino para llegar al quinto bar, en el barrio de Chacarita. Esperaba poder encontrar por fin a Ramiro López, el guardaespaldas del sindicalista muerto. Aún se sentía incómoda y le costaba concentrarse. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien le había dado un beso.